

RECUERDOS DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

por Carlos Pedraza Olguín

La Escuela de Bellas Artes nació bajos signos particularmente propicios, al fundar sus cimientos en medio del Parque Forestal, donde sus bellos y variados árboles, rivalizaban en derroche de esplendor en otoño, con sus plátanos orientales y tilos, revestidos de suntuosos oropeles y los almendros y duraznos primaverales, cubiertos de pétalos y música de pájaros.

Su arquitectura era hermosa de proporciones y forma. Ricos y finos materiales contribuían a ello. Amplias escalinatas conducían al pórtico, sostenido por altas y esbeltas columnas. Un gran vestíbulo rodeado de columnas y pasillos albergaba Dianas, Venus, Apolos, Sátiros y Faunos, representantes, ante nosotros, de la más ilustre historia de la estatuaria griega y romana, su efecto de majestad y grandeza era tal, que invitaba a hablar quedo y andar en puntillas. Coronaba tanto esplendor, una hermosa cúpula, morada de miles de palomas, que surtía a Santiago de estas bellas y simbólicas avechitas. Estaba cubierta de auténticas tejuelas de pizarra y una de ellas, conservaba grabado un soneto de Nicanor Parra, a una niña de Chillán. Bajo su bienhechora protección, se encontraba también nuestra biblioteca, que guardaba el mayor tesoro de la Escuela: cinco mil volúmenes de libros de arte antiguos y actuales, de inapreciable valor.

En la mansarda del edificio, veinte talleres para profesores y artistas eminentes. En ellos, se gestó toda una época del arte plástico chileno. Dentro de su suntuosa estructura, que ya he descrito, había algo más que amplios espacios, estatuas, grandes salas. La Escuela poseía algo vivo, inmaterial, que atraía, que atrapaba, era un embrujo del que no se escapaba fácilmente. La Escuela fue más que una amiga, que un amor, para muchos de nosotros. Nos acogía y ofrendaba sus bienes y guiaba, con su sabiduría, en nuestros torpes y primeros pasos de estudiantes de arte. El que traspasó sus umbrales, recordará su

perfume, un aroma singular y único a resina, óleo y trementina; yo lo sentí y quedó impregnado mi espíritu de él, para siempre.

En sitio tan singular, habitaban también personajes singulares. Tal fue, por ejemplo, Fidelito, mayordomo de la Escuela y celoso vigilante de la mampara, que anunciaba al visitante con un largo chirrido. Era de menguada estatura y corpulencia, de rostro descarnado y pálido, como figura del Greco, pero con bigotes a lo Dalí. De voz apagada, suave y modales de persona educada. Pero lo singular en él, era su extraordinaria fuerza física, que podía competir con un tractor o una grúa. Debió trasladarse de lugar un Apolo Arcaico de impresionantes proporciones; por conseguirlo, luchaban estérilmente cuatro mozos sin éxito alguno. De pronto, surgió Fidelito, escupió y restregó sus manos, hizo ciertas volteretas y signos con sus escuálidos brazos y deslizó la mole como un carro de maní. Desde esa proeza, Fidelito ingresó a mi galería de notabilidades.

Muchos fueron genios incomprensidos, otros, enviados por la divinidad y con poderes suficientes para ofrecernos una confortable vida en esta tierra y su prolongación en la eternidad, muy mejorada aún.

El tiempo me impide hablar de ellos como se lo merecen y apenas citaré algunos, como un homenaje a su recuerdo.

EL POETA

El poeta Sotomayor venía de Rancagua, era pequeño de porte y de frágil contextura; su lujo era una gran y enmarañada cabellera de cantante pop.

Su miopía le aconsejaba usar los anteojos más gruesos que jamás hayan existido, que contribuía con su espesor, a alejar de su rostro, sus ojillos de pejerrey, a distancias infinitas.

Era anarquista, atribuía a sus poemas poderes destructiva tales, que bastaría lanzar un solo de sus sonetos al Santa Lucía para hacerlo volar.

Siempre llevaba bajo el brazo, a manera desafiante, un paquete de poemas como arma convincente y persuasiva.

EL MAGO

El mago vivía en la calle Bellavista, cercana a la Escuela, poseía la fórmula del aceite que usó Leonardo para pintar la Gioconda. El la había logrado por misteriosos contactos con nigromantes del antiguo Egipto. Aseguraba que su uso, procuraba al artista, virtudes y calidades a sus cuadros que le permitirían notoriedad y fortuna.

Ponía también al servicio de señoras con problemas, su ciencia y su talento, para orientarlas por caminos más promisoros y felices. Sus métodos eran eficaces y seguros, pues sus pacientes no sólo se sentían liberadas de sus cuitas y problemas, sino también de sus dineros y joyas. Como mago generoso de sus dones, las seducía.

EL CRISTO DE ELQUI

Iba a visitarnos a la Escuela el Cristo de Elqui, iluminado personaje, que recibió de lo alto, la misión de redimirnos. Cumplió el mandato partiendo de su tierra, cuyo nombre llevaba, a realizar sus designios. Lo hizo con su equipo completo de apóstoles, reclutados entre labriegos, pescadores, vagabundos y, como criolla innovación, integraba el conjunto una virgen, que mantuvo su prestigio y condición, hasta el preciso tiempo que señala la naturaleza para dar a luz.

El caso fue, que el Cristo apareció en la Escuela, con sólo dos apóstoles; los demás, en sus peregrinaciones, fueron quedando en retenes y comisarías, purgando latrocinios, pendencies y truhanerías. Los sobrevivientes eran San Juan y San Pedro, con túnicas y sandalias andrajosas y deterioradas, como su propia fe. Luego abandonaron al

Cristo, que prosiguió solo en su empresa. Sus campos de acción se redujeron, no yendo más allá, de los contornos de la Escuela. No aceptaba dádivas ni limosnas, subsistía con la venta de oraciones que él mismo componía; eran una fascinante mezcla de escritura automática y surrealismo. Acostumbraba meditar bajo un tilo del parque, envuelto en su raída túnica y su melena nazarena convertida en coleta entre de torero y mandarín.

Un aliento estimulante que invitaba a estudiar con fervor, palpitaba en la Escuela, anhelos de expresar en nuestros cuadros la alegría y vitalidad que portábamos, nacía en nuestros espíritus.

Los dioses de nuestro olimpo eran: Cezanne, Van Gogh, Renoir, Matisse. Eran soles radiantes que nos señalaron que existían infinitos caminos, más allá de los oscuros y cenicientos de nuestra pintura de entonces.

Nuestros maestros, eran jóvenes artistas que volvían de Europa, enriquecidos con experiencias y conocimientos adquiridos en sus contactos con artistas, academias, museos, que les permitían señalar con autoridad y certeza, nuevas orientaciones en nuestras Bellas Artes. Ellos eran: Jorge Caballero, Augusto Eguiluz, Laureano Guevara, Pablo Buchard, Lorenzo Domínguez, Julio Antonio Vásquez, Gustavo Carrasco, Romano de Dominicis, Carlos Humeres, profesores los últimos de ramos de cultura general.

Los Salones Oficiales, que significaban el acontecimiento artístico más trascendental del año, se vestían de fiesta con sus obras, provocando violentas y enconadas reacciones en los medios tradicionalistas, traducidas en críticas negativas y artículos amenazantes.

Muchos pintores y escultores, escandalizados por las formas y contenido de este arte, eligieron a la Sociedad Nacional de Bellas Artes como su cuartel, institución que se proclamaba defensora del arte verdadero y eterno. Sus paladines eran los críticos del “Diario Ilustrado” y “La Nación”, desde cuyas columnas lanzaban anatemas y mandobles.

El crítico del “Ilustrado”, refiriéndose al último Salón Oficial de entonces en un extenso artículo, en su párrafo final decía: “Los grandes centros de cultura europea han desterrado estas nuevas escuelas. En las grandes exposiciones de París, ya no se exhiben mamarrachos como hace diez años. En los Salones de Concierto se escucha a Beethoven, Berilos, Chopin, Franck y Wagner”.

Este arte novísimo de avanzada no cuenta entre nosotros con una mayoría de adeptos, es sólo un escaso número el que lo sigue. Sin embargo, es el arte oficial, reconocido por la autoridad gubernativa que, en este caso, es la Universidad de Chile.

El arte incomprensible de locos, que no lo entienden, es el que se enseña en nuestra Escuela de Bellas Artes, sería conveniente ir a una reforma en este sentido. Al retirarnos del Salón Oficial, una necesidad imperiosa de descanso y de agrado visual, nos obliga a recorrer algunas otras salas del Museo, en donde están las famosas “Vacas” de Rafael Correa, “La Perla del Mercader” de Valenzuela Puelma y los “Arcos Iris Cordilleranos” de Helsby.

El crítico de “La Nación”, entre signos exclamativos, escribe: “¡Así no señor Ministro! Así no, señor Ministro de Educación, así no se puede hacer enseñanza oficial y a usted nos dirigimos para advertirle el peligro que corre nuestro arte en general, si se sigue por este camino. Y por este ha de seguirse si se toma en cuenta cómo están las cosas en esta materia. No es posible, no tiene lógica alguna que la enseñanza de la pintura, de la escultura, de las artes plásticas en general, sea dirigida por un decano ajeno a estas actividades. Los que enseñan en nuestra Escuela de Bellas Artes son los mismos que se presentan al Salón actual, casi sin excepción, ya sea en el orden del arte puro o del decorativo. Y ya se ha visto lo que hacen, ya se conocen sus ideales y en qué forma explican o dirigen las doctrinas que ellos llaman modernistas o pintura nueva”.

El crítico sigue en extensos párrafos sus consideraciones para solicitar finalmente al Ministro, las penas del infierno para el decano y todos sus profesores.

Este movimiento renovador en el arte nacía en el seno de la joven Facultad de Bellas Artes, dependiente de la Universidad de Chile. Era su decano nuestro actual presidente de la Academia de Bellas Artes, don Domingo Santa Cruz, que actuaba con singular inteligencia, diplomacia y energía. A él le correspondió celebrar múltiples batallas defendiendo a la Música y las Bellas Artes con una espada en la diestra y otra en la siniestra, dando mandobles y estocadas fulminantes, con geniales estrategias. No fue fácil, por cierto, imponerse. Contábamos, sin embargo, con un poderoso aliado, que nos ayudó grandemente, nuestro Rector, don Juvenal Hernández, quien con su refinada cultura y visionario espíritu, comprendió en su esencia el sentido de este movimiento y lo necesario que era para el progreso de nuestro arte. Y así fue como sucedió el milagro, que fuera la Universidad de Chile, la cuna de un nuevo arte, que sería desde entonces el arte oficial. El teatro de verdadera estirpe y categoría, nace también bajo su bienhechor y fructífero rectorado, para la cultura nacional y las artes especialmente.

Las clases de pintura en la Escuela de esos años, dejaron en el que habla, un inolvidable recuerdo. Trabajábamos desde muy de mañana hasta las últimas luces de la tarde. El profesor pintaba con sus alumnos en la misma sala, los orientaba, corregía, nos hablaba de los grandes maestros, y sus técnicas, nos ilustraba ahondando en problemas estéticos que nos preocupaban, pasando, por ejemplo, de los griegos a los prerrafaelistas, del gran renacimiento a los dadaístas, aprendimos que el arte no es un hongo espontáneo, ni fruto de la improvisación, sino que sus raíces se incan en los confines del pasado y por tal, permanece vivo y en permanente evolución.

Este clima de excitación y estímulo despertaba en nosotros frenéticos deseos de hacer cosas extraordinarias, de saber más, para comprender mejor las enseñanzas del maestro, que con su natural y elegante

sencillez nos iba revelando las infinitas facetas del mágico mundo del arte. Así eran las clases de Caballero, Guevara, Burchard, Domínguez.

Romano de Dominicis nos enseñaba dibujo geométrico con genial fantasía, es una de sus clases nos hablaba de teoremas, trazos, triángulos, puntos de fuga, materias poco atrayentes, frías e inalterables, pero Romano, con mágico pase, las trasladaba al misterioso e insondable mundo de la pintura de Chirico y de pronto, nos encontrábamos con la geometría, en el territorio de la belleza y la poesía. Buscábamos los propios e inconfundibles signos que dieran a nuestra visión un sello peculiar y único. Perseguíamos aquello, en los tumultos de las calles, en el hervidero de los mercados multicolores, en el mar, en las nubes, sin encontrar respuesta, y era Pablo Burchard que con sencillez monacal, nos daba una lección de suprema belleza, pintando una taza blanca con un cardenal, y allí estaba el universo entero.

Los más dotados de estos jóvenes estudiantes de arte, fueron admitidos en Salones Oficiales, gran distinción y honor para el que lo lograba, y otros más diestros obtenían sus primeras recompensas, que le abrían las puertas de la notoriedad y el éxito.

Recuerdo con admiración y orgullo a Marta Colvin, Lily Garafulic, María Fuentealba, a Gregorio de la Fuente, Sergio Montecino, Ximena Cristi, Ramón Vergara, Aída Poblete, Fernando Morales, Hardy Wistuba. Nombres que el notable crítico Antonio Romera, en su obra póstuma, "Historia de la Pintura Chilena" agrupa y los define como generación del cuarenta. El arte de Marta Colvin, discípula de Julio Antonio Vásquez ha logrado prestigio internacional, al obtener el Gran Premio de Escultura en la Bienal de Sao Paulo; actualmente reside en París y su nombre está, junto a los grandes de la escultura contemporánea.

El alma y figura singular de la Escuela, era la señorita Rebeca; siempre pensaba, al observarla, que fue construida al mismo tiempo que la Escuela como una columna más del establecimiento, no sólo porque descansaba todo el quehacer y actividad en su persona, sino, por su estatura, que armonizaba con las proporciones de su monumental

arquitectura. La señorita Rebeca, no andaba como un ser corriente, es decir, paso a paso, sino se deslizaba, como esas bailarinas chinas que atraviesan el proscenio velozmente, sin accionar las rodillas ni las piernas, sino más bien por cierto entendimiento mágico de los tobillos y los pies. Así se deslizaba, silenciosa, como una sombra, desde el subterráneo hasta las mansardas, imponiendo orden a los alumnos, sermoneando a las modelos, aterrando a los mozos, que ante su presencia activaban las escobas y plumeros. Era enérgica y autoritaria.

Tejía sus vestidos y unas largas bufandas en sus prolongadas vigiliias y soledades. A pesar de sus diseños, demasiado excéntricos y de colores estridentes, los lucía con desinhibida distinción. El tiempo me ha enseñado, que fue una precursora de las actuales modas que invaden las boutiques y que nuestras muchachas visten, con tanta gracia.

Desconcertante en sus gustos y aficiones, era presidenta de un club de tiro al blanco y campeona en este deporte, que practicaba con fines absolutamente definidos; defenderse de posibles asaltantes.

Mis sentimientos hacia ella fueron evolucionando de la simpatía al aprecio y a un verdadero cariño. Era un alma bondadosa y solitaria, excelente pintora; y en su jardín cultivaba violetas, pensamientos y jazmines.

Dirigía la Escuela un hombre poco común, de gran cultura, refinada educación y distinguida y elegante presencia. Era abogado por voluntad familiar, profesión que nunca ejerció.

Crítico de Arte y Música y Profesor de Historia del Arte.

Si dijera que sus dones de caballero sin igual opacaban sus anteriores títulos, no caería en error, pues él, con ellos o sin tales, era Carlos Humeres en todo lugar. Tenía, ciertamente, hechuras de caballero andante, más bien alto, delgado y apuesto porte. Cabeza erguida, de amplia frente, tez cetrina, de mirada un tanto indiferente y altanera, para disimular, tal vez, su bondadoso espíritu.

Frente a los problemas, actuaba con diplomacia y exquisito tacto, imponiendo su criterio sin hacerlo sentir. Asistir a sus clases era un deleite intelectual, pues lograba dar a sus juicios y comentarios, una elevada alcurnia. Sus casi treinta años de director de la Escuela de Bellas Artes, fueron para el establecimiento, un remanso de paz, de respeto, cordialidad y camaradería.

La libertad e independencia de espíritu alcanzaron sus más altas expresiones. El más auténtico espíritu universitario reinó bajo su dirección. La Escuela creció con nuevos cursos, controló los estudios pedagógicos de Artes Plásticas, aumentando enormemente su alumnado.

El ella, se hacía algo serio y trascendente y la enseñanza de las Bellas Artes, alcanzó sus más altos niveles. Carlos Humeres era un hombre de principios e ideales y su vida fue un espejo de ellos.

En la intimidad, era festivo y su variado anecdotario, revivía a personajes con fantasía y fluidez. Recordaba los bellos tiempos de la Sociedad Bach, la revista Marsya, donde él colaboraba y dirigía. No eludía los halagos de la vida, los buscaba y gozaba de ellos. Siempre había una bella dama en sus desvelos, que adornaba con poéticos atributos de Beatrices y Melisandas y, a veces, la bella no respondía a sus cánones. Decepciones, desencantos, que no desanimaban su encendido anhelo, de encontrar la mujer ideal; tal vez la alcanzó, pero se llevó el secreto.

Con Humeres termina una época de espléndidas y positivas realizaciones para la enseñanza superior del arte, y, por qué no decirlo, para el arte mismo.

La Escuela, fue entonces un brillante crisol donde se gestó parte importante de nuestro arte plástico.

Las elevadas y nobles funciones académicas de la Universidad, fueron sabia y metódicamente perturbadas con huelgas de alumnos, tomas de facultades y de escuelas, huelgas de empleados y auxiliares, alentadas y

dirigidas por políticos y agitadores, que actuaban descarada y groseramente.

Ilustres catedráticos, fueron vejados e impedidos de sus derechos académicos. Se conducía a la Universidad al caos y la catástrofes, ya no había autoridad en ella.

La Escuela de Bellas Artes, cambió también, de generosa casa que era, donde el arte adquiría realidad de forma y expresión, por el milagro de los sueños y las manos sabias de los artistas que moraban en ella. Expulsó a sus maestros e invadió sus talleres, transformándolos en arsenales de muerte y destrucción.

Sus jóvenes e irresponsables dirigentes se quitaron la máscara de honorables y pacíficos artistas, que hipócritamente ocultaba sus rostros tatuados por el odio y la venganza.

Aquella madrugada sonó el teléfono hasta preocuparme; una voz angustiada desde el otro lado me dijo: Carlos, la Escuela está incendiándose. Un halo fosforescente y rojizo, anunciaba desde lejos el siniestro y secas descargas como de fusiles, se unían al olor a catástrofe, acre y húmedo, que lo envolvía todo.

Nubes de cenizas y chispas ascendían veloces por el aire, al chocar en la tierra trozos de muros y grandes vigas ardientes que caían.

Con nitidez se oía el chasquido de las llamas, devorando con sus feroces lenguas, la bella cúpula cubierta de pizarras. Las palomas huían ciegas y enloquecidas, entrando en densas nubes de humo negro y aparecían agitando sus alas como abanicos de fuego, que rayaban el aire del amanecer con torpes arabescos y caían.

Los bomberos actuaban disciplinadamente, con profesional desenvoltura, como en una gran ópera o ballet y con grandes columnas de agua, lanzadas hacia el cielo, perseguían las llamas, diestras y ágiles, para esquivarlas y aparecer de pronto, atacando otros flancos del edificio. Con sabia estrategia, cercaban a la fiera, que acosada, se

transformaba en nubes de humo y vapor y millares de crepitantes escamas de arco iris.

El espectáculo era grandioso y abrumador, las calles paralelas y adyacentes a él eran grandes anfiteatros repletos de curiosos, que seguían su curso embelesados. En las ventanas de los edificios, señoras con ligeros ropajes, semejaban espectros de sí misma, otras con niños en sus brazos, intentaban interesarlos, señalándoles los veloces pasajes de la tenaz batalla entre el agua y el fuego.

Algo ya no existía, la Escuela había muerto. En el parque yacían sus columnas destrozadas, las cenizas de cinco mil bellos libros de su biblioteca, su esbelta y elegante cúpula repleta de palomas calcinadas, un poema de Parra perdido para siempre, nuestros talleres, las venus, los Apolos.

De todo aquello, sólo queda el recuerdo.